

Claudio Jiménez  
Simón Bolívar 186  
S.J., Guadalajara  
Tel.: 615-13-38  
616-00-223

Dante Medina  
Apdo. Postal 2-1069  
Tel. 625-48-68  
Fax: 626-77-23  
Guadalajara, Jalisco  
44280, México

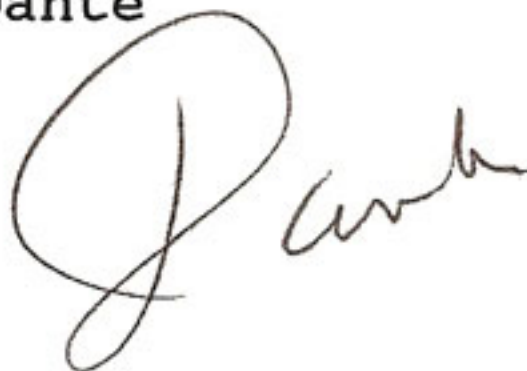
Guadalajara, Jal. 20 de junio de 1994

Estimado Claudio:

Te hago llegar el prólogo para el catálogo de Campos  
Cabello.

Recibe un afectuoso saludo de tu amigo.

Dante

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Dante Medina', written in a cursive style.



## JAVIER CAMPOS CABELLO: LA VIDA O LA OBRA

Dante Medina

*Él no era mal muchacho*

El jueves 19 de mayo me llamó Javier. Quería nomás preguntar por mi introducción para su catálogo. Estaba feliz, risueño y entrecortado, como siempre. "En la muestra Jalisco del MARCO de Monterrey hay obra mía, carnal". Y él sabía que yo permanentemente había dicho que su obra era genial. Mi entusiasmo, lo sabía. ¿No pensaba ir a Monterrey yo? Le dije por la parte por la que se habla del teléfono que acababa de estar allá, ocho días antes. "¿Y entonces qué con las palabras para el catálogo, carnal?" Estamos donde estábamos, mi buen Javier: tú me dices para cuándo las necesitas, y para entonces están, maestro. Tengo diapositivas de casi toda tu obra, ¿te acuerdas? No, pero dijo que sí. Nos citamos para el lunes 23, en su casa. Para ver otro cuadro. A las 12 del día. Javier con el arte fue siempre bien cumplido. El lunes, a las doce del día, estábamos los dos puntuales en la cita; él muerto, yo vivo. Hubiese querido que fuera un error mío: un argumento mal acomodado. Me cambió el lugar, pero la hora y la fecha no: en lugar de su casa-estudio, el templo de San Felipe Neri, su barrio. Todas las evidencias decían que sí, quera él el que estaba ahí, que no podía ser otro: la botella y el pincel en el féretro puestos por los amigos, la bandera comunista cubriendo al Comandante, la cita que cumplía como un caballero. Sólo el cura desencajaba: parecía salir de uno de los cuadros de Javier, imagen de la ironía y el desperfecto irreconciliable entre el mundo y la figura, pero, como en los cuadros de Javier los personajes, ignoraba por completo lo que hacía ahí, su papel. Por eso, en su homilía funeraria dijo que Campos Cabello murió dignamente -y dijo cierto, este pintor integridad sí que tenía-, que el joven Campos no murió ni por drogas ni por alcohol ni por



ninguna enfermedad vergonzosa, dijo, y muchos de sus amigos no estuvimos de acuerdo. Porque Javier se murió como una opción, en un arranque de mandar a la chingada una vida a la que ya le había dado su tiempo, su plazo. Ni modo de probar que Javier se murió sin querer, cobardemente, arrastrado a la mala por la calaca. Él a la muerte la sedujo solito, le hizo ir hacia su cuerpo cuando le dio la gana: antes de los cuarenta años, nena, a mí no me verás chochar, te lo garantizo muñeca.

Siguió el sacerdote, con acento español, soñando en su muchacho perfecto del Barrio de San Felipe Neri, cofradía suya. Dijo que Javier, nuestro cuate, se iba a ir al cielo, o ya se estaba yendo, o ya se había ido, o ya estaba por allá, aunque el joven Cabello no viniera muy seguido a su iglesia, pero que de todas maneras en tratándose de bueno bueno era. No se preguntó ni un instante si el pintor que se hundía en los profundizamientos antes de escupir sus tintas a la tela amansada por la testarudez de los negros quería subir al paraíso, si se interesaba en el cielo, si era para eso que quería morirse.

### *Hacia un mes de su tiempo al revés*

No llegar a los cuarenta años, era una obsesión de Javier. La gente ya no es gente, es otra onda el humano después de esa barrera del tiempo. La única forma de quedarse de este lado es hacer la trampa que nos saca del juego: la muerte.

Un mes antes de su deceso se tiró un balazo en la cabeza, personalmente, porque Javier nunca se anduvo con mariconadas. Le dije, le dijimos, ya ni la jodes, qué pasó; "no me atiné, camarada", contestó. Un puro rozón que le abultaba la piel del cráneo, ya algo calvo, canoso, avejentado, con un Dios en el centro de su voluntad: el alcohol. Se nos moría a diario del corazón, del su sentimiento suyo, pero el su cuerpo requería una muerte más carnal, el hígado.



Ah, dije su cuerpo. Ese también era suyo. El martes 24 de mayo, Gloria Pérez publicó en *Siglo 21* una entrevista a Campos Cabello. Destinada a mientras él todavía en vida, se pensó en para la sección *Cuerpos privados, desnudos públicos* del suplemento *Nostramo*. La valentía verbal de Javier es digna de una justa, pero sus personajes gráficos están vestidos. Como es costumbre de la sección esa semanal de periódico que mencionamos, el artista debe de posar desnudo para la foto que acompaña al retrato artístico de sí mismo, o sea de él. Cuando le hablaron de su foto en cueros Javier montó en cólera, insultó, los mandó a la chingada. Una cosa es ser aliviado y otra cosa es que le quieran a uno ver la cosa. Cuerpos públicos, desnudos privados, y éntrenle pa que prueben.

La publicación de la entrevista se retrasó. Dio tiempo a que a Javier le espantara la rapidez del tiempo, lo a toda máquina que se acercaba la fecha total: 40 años. Y levantó la copa para desvanecer la visión: que no llegue, madre mía, que yo me aduerma, que sólo sea un sueño que urge empezar.

El martes 24 de mayo, en ocasión de..., porque venía a cuento, por la oportunidad, apareció la entrevista con las palabras de un Javier que ya no hablaría más sino por sus cuadros habitados. Sorprendente. La valentía que le conocimos al Comandante se reivindicó, tronante como un Convidado de Piedra, rotundo en sus juicios, claro en sus afirmaciones, convencido de cada cosa que le convencía: para ser pintor hay que, hay que, hay que: aprender a pintar, a dibujar, a mirar la línea. Algunos no pintarán nunca, sálganse de la fila, úchala. Se es artista sólo de tiempo completo, y aquí no caben los engabanados. Y daba nombres. Pintar con luz o sin luz, el negro es lo que manda: padre y madre de todos los colores.

No le dio ningún miedo opinar lo que dijo en vida. Y desengáñense, no se murió por eso, su intensidad era mucho mayor, su fuerza de otro orden.

O se moría emprendiendo el riesgo de una obra que lo encaminaba a su fin, o se apoltronaba en una obra menor que le dejaría la posibilidad de vivir más tiempo.

Javier era un valiente.



Los rostros, por encima de todo.

Los personajes, familia y parentela de La Gioconda, del Caballero de la mano en el pecho del Greco, de cantidades de autorretratos que reconcilian a la escuela florentina con la flamenca con la española con la inglesa con la yanqui. Pienso con Javier Campos Cabello en Botticelli y Leonardo, en Van Eyck, Arcimboldo, Van Gogh y Rembrandt; pienso también en Goya, en Velázquez, y en Dalí, en Brueghel El Viejo y en Francis Bacon. Y detrás de todos ellos, mezclándolos, en el monumental caldero de *O Inferno* del Mestre Desconhecido de la escuela portuguesa, comandados por Orozco y Diego Rivera, con Frida Khalo y Remedios Varo como ejecutoras que únicamente reciben órdenes de Javier. Lo que por las venas de Campos Cabello circulaba de Francia, entraría a través de los ojos que admiraron la maravilla de la flama discreta de Georges Latour.

Reviso una gran cantidad de diapositivas que he ido coleccionando desde que, en 1985 empecé a trabajar sobre su obra. Recuerdo que le causaba desconfianza mi pantalón de casimir de profesor de prepa, y que se tranquilizó con mi botella tequilera y la música "prendida" de mi tocacintas del coche. Pasamos juntos 24 horas, bebiendo, en un recorrido por sus coleccionistas locales; yo, cámara en mano. Todavía me sentía fotógrafo y el retratista era él: rostros por todas partes en sus cuadros. Me explicó cómo trabajaba y me dejó tomar una foto de un cuadro suyo que ya no existe: una tela fondeada a su manera, esperando que llegase el pincel Campos Cabello a ponerle alguno de sus retratos de familia que pueblan una de las obras más impregnadas de la plástica jalisciense. ¿Sé lo que estoy diciendo? Ojalá que sí: los últimos cuadros de Javier también son retratos. Faltaría un mes para su muerte cuando estuve en casa suya viendo su recién pintado último cuadro: rostro, era un rostro. De su obra de antes a la de ahora son rostros los que invaden el paisaje del cuadro. Yo también tengo mis rostros: una foto de Javier, de 1986, afuera de su casa de entonces, en Contreras Medellín, con los números dobles 175 y 177, y otra de su bienamada Alicia, con una ducha de fondo. Yo al Javier lo quería, y él siempre lo supo.



Que me perdonen los que lo conocieron más de cerca, pero Javier era tímido. Su exasperación provenía de no poder discutir contra la estupidez. Como su obra, fue intransigente. Pero no molestaba a los demás. Que lo dejaran solo, pedía. Si la fama lo tocaba, bueno; a condición de no pedirle ponerse delante de los micrófonos. Pintar es lo que cuenta. El oficio. La mano de Campos Cabello. Él se atareaba en descubrir, como Miguel Ángel con la piedra, a los prisioneros que salen de la oscuridad: poco a poco, le ponía negros a los blancos para que dibujaran al personaje que saldría, liberado, de la espesura del color de la noche.

A Javier no le inquietaban los colores, lo torturaba verlos tan separados. Eligió como su preferido el negro, un color que no engaña, que no hace trampa, que los acepta a todos. Gran conciliador, el negro. Campos Cabello lo contradice, al negro, consigo mismo: le saca colores a la "ausencia del color". En sus pinceles el negro adquiere las tonalidades a las que aspiran los otros colores. El negro se convierte en la gama completa de la escritura del rostro. "Dadme un color negro, y pintaré el mundo", diría, irónicamente, Javier. Todo lo demás es secundario, lo fundamental son los matices, las variantes del color de la oscuridad, el negro. Pintura del otro lado del sol, *lunescente*.

*Fin de Partida*

Como cada uno de nosotros se está siempre muriendo, sí nos dábamos por enterados de la voluntad de morirse de Javier, pero teníamos la esperanza de que él no fuera el primero. Esperanza estética. ¿Por qué se iba a morir si era uno de los mejores? Podía esperar. Nadie sospechó hasta qué punto le urgía. Pintaba para vivir porque necesitaba pintar, y su coleccionista le compraba cada cuadro terminado para que él siguiera pintando en un afán de prolongar su vida nomás porque sabía que pintaría un cuadro más. Javier Campos Cabello se quería ir de aquí porque nunca le quedó claro a qué lo trajeron a esta tierra. A pintar, sí, pero después qué. Salvo



Alicia, otra cosa no entendía del mundo.

Se murió porque quiso, y la vida no fue mala con él. Algo cabrona, la vida, como con cada uno de nosotros. Le dio su dosis de emputamiento. Sus coscorriones. Y luego, para burlarse, Javier se murió cuando le vino en gana, sin pedirle permiso a nadie. Era un irresponsable: nos dejó aquí, sin él, sin su pintura que tanto nos acercaba al mundo que llamamos nosotros mismos, desamparados para hacerle frente a la vida de cada hora en cada día que él quiso que acabara antes de sus cuarenta años.

Javier Campos Cabello vivió como un personaje de Samuel Beckett: para vivir su muerte, él decidió morir mientras vivía.

Diapositivas que acompañan:

- O inferno
- Javier
- Alicia
- Tres o cuatro rostros
- El último cuadro cuya diapositiva tiene Paco Barreda